
JANIA

por Josefina Contreras

Hoy te han traído junto a mí. El calor de mi seno y el roce de mis manos te hacen evocar el mundo que acabas de perder. Tus ojos, privados de la tibia oscuridad que los rodeaba, aún no han aprendido a ver. . . Permaneces aquí, indefenso como sólo el ser humano está. Esperas la ayuda de alguien: mi ayuda. Te envolveré en frazadas tibias como mis manos, te alimentaré y trataré de evitarte cualquier daño, aunque tal vez fuera mejor que murieras ahora mismo. Te contemplo muda. Has venido a enfrentarme conmigo misma, pero al igual que todo lo que te rodea, te es absolutamente desconocido.

Ahora estás aquí, en mis brazos, y seguirás estándolo por mucho tiempo (antes de que te percaes del inminente conflicto que se generó en tu espíritu desde el primer instante de vida). Tu invalidez provocará que mis noches se llenen de inquietudes y las tuyas no conozcan el sueño. Recibirás al llanto

como huésped permanente de tu insomnio. Viviremos juntos la angustia y tú te quedarás, sin darte cuenta, en el oscuro recinto donde mora. Tu garganta sin voz buscará dar salida a los sollozos que emergerán con fuerza. . .

Entonces te pediré perdón. . . te lo pediré tratando de evitar que mires el mundo que te rodea. . . y el acoso inevitable de la muerte. . . Inventaré un cuento donde exista todo aquello que un día yo quise que tú fueras: un ser completamente normal. Pero sé que mi engaño terminará en el momento en que tus ojos miren. . . Entonces, me retiraré en silencio, avergonzada de haberte concebido. . .

